

## **Nuevas formas de organización social y reparto del trabajo**

**Ramón Jáuregui**

Orientaré mi intervención desde una perspectiva ideológica y para ello voy a utilizar las

estadísticas y las cifras con intención (siempre hay intención en la utilización de las cifras). Quiero dibujar un panorama de honda preocupación sobre el empleo. Esta es mi visión, esta es la base de lo que es el análisis y me voy a extender un poco en la primera parte para explicar lo que creo que es un ataque tremendo, un horizonte de incertidumbre muy importante, por tanto discrepo en parte ya de la idea que se expresaba antes aquí sobre un futuro más positiva en la creación de empleo, en lo que significa la ecuación empleo-pacto social. Es decir, lo que ha sido y lo que yo creo que es la columna vertebral, la bandera básica de una sociedad igualitaria, de una sociedad más justa, una sociedad que tiende al pleno empleo y que además concibe su vertebración social sobre el equilibrio y sobre una aspiración de justicia.

Yo creo que los dos conceptos, el empleo y el pacto social que ha caracterizado la Europa de la segunda mitad de siglo están en serio peligro. Creo que hay varias razones que lo explican: La primera, que debemos incluir en la estadística del paro una serie de elementos que no se contemplan y que hacen que muchos expertos consideren que el paro real en nuestra sociedad es mucho más alto incluso que el que tenemos en las cifras oficiales. Luego lo explicaré.

En segundo lugar, constatar que una ecuación, una especie de principio sacrosanto que ha regulado siempre la discusión sobre economía y empleo, ha dejado de ser cierta porque el crecimiento económico ya no es condición suficiente para crear puestos de trabajo. Claramente no lo es. Es condición necesaria, que duda cabe, pero no es condición suficiente como luego trataré de demostrar.

Tercero, porque todavía no estamos haciendo un análisis serio, en mi opinión, de los efectos tremendos, del impacto brutal que tiene la gran revolución tecnológica que está viviendo el mundo en este fin de siglo y que seguirá viviendo en los próximos años del siglo XXI, y de la repercusión que tendrá esto en el empleo. Creo que no hay un cálculo adecuado, no hay un razonamiento suficiente respecto a lo que sin duda es un juego especulativo, pero también es una cuestión básica a calibrar en este aspecto.

Y en cuarto lugar, que la organización económica del mundo en nuestro fin de siglo está basada en la llamada mundialización, que es diferente de la globalización. Alain Touraine se empeña siempre en explicar estas dos cuestiones. La globalización es equivalente al imperio de los mercados, es decir, lo que llamábamos en su día la mano invisible del mercado sin la vigilancia correctora y equilibrada del Estado. Hay miles de ejemplos para poder concebir la importancia que está teniendo esto en una nueva organización política y económica del mundo. Esta está trayendo una serie de ataques desde la perspectiva, para entendernos, neoliberal a las que son las bases del Estado del Bienestar o del Pacto Social que reguló la participación de los ciudadanos en lo que es la vida laboral, económica y política de sus respectivos países. Estas bases están siendo absolutamente vulneradas y tiradas por los suelos.

Trataré de explicar estos razonamientos. Primero decía que hay un cálculo generalmente equivocado sobre las cifras del paro. Hay cuatro clasificaciones de desocupados que no forman parte de las listas oficiales. Uno, aquellos desempleados que no están en las cifras del paro porque están en reciclaje profesional en entidades públicas o no gubernamentales. Un cálculo referido a este colectivo nos establece que en Alemania, si añadiéramos a las cifras oficiales de desempleados (son más de cuatro millones por cierto) a aquellos que se encuentran en programas de trabajo, formación y reciclaje serían medio millón más. Primer colectivo. Segundo, el fenómeno masivo de los estudiantes que prolongan artificialmente sus estudios ante las malas perspectivas de empleo. Son cientos de miles de estudiantes permanentes entre veinticinco y treinta años, aquí y en toda Europa. Tres, el fenómeno,

también masivo, de las prejubilaciones que añadirían a las estadísticas cientos de miles de víctimas, entre comillas, del paro entre cuarenta y cinco y sesenta y cinco años, fundamentalmente fruto de lo que ha sido el proceso, en España claramente, de las reconversiones industriales y de las reestructuraciones empresariales. Y cuatro, el paro oculto de los desanimados. Aquellos colectivos mayores de cuarenta y cinco años, especialmente mujeres pero también hombres, que no están siquiera en el mercado de trabajo. *Financial Times* recogía hace poco un análisis de lo que denominaba los hombres desaparecidos en el Reino Unido y llegaba a la conclusión de que estos eran 2,7 millones de personas. En Estados Unidos la cifra es mucho mayor. Sociólogos y expertos de acreditada reputación han llegado a la conclusión de que las cifras de paro real de nuestras economías son bastante más altas del 20% en Europa y superiores incluso, en la nuestra. Primer dato, pues, que hay que poner en esta visión de lo que es la realidad del problema del empleo.

Segundo, durante décadas, como decía antes, hemos confiado en que la creación de empleo era consecuencia del crecimiento económico. Es conocido el proceso de creación de paro en España. Del 4 ó 5% que teníamos en España en el 74 cuando empezó la crisis del petróleo, al 24 ó 25% que tuvimos diez años más tarde, en el 85. Cifra máxima de nuestro paro, producto de una década y, ciertamente, también de una fórmula no homologable, digamos, de cómputo estadístico del paro, porque como se dice bien si hubiéramos computado el paro del 75 con los métodos con los que lo computamos hoy no sería del 4% sino del 13 o del 14%. Pero lo cierto es que lo que me interesa destacar aquí ahora es que a partir del 85, en el momento en el que más paro se produjo en España, 25% aproximadamente, este país ha crecido de una manera extraordinaria, y que hemos tenido una década, salvando el paréntesis del 93, de un crecimiento por encima del 3% entre el 85 y el 95, con años en los que crecimos casi rondando el 5% o el 6%. Pues bien, la cifra de paro que tiene este país sigue siendo del 24%, lo cual evidentemente demuestra que el crecimiento económico tan sostenido y tan importante de este país no ha sido suficiente.

Europa en los últimos cinco años, salvando también el paréntesis de la crisis del 91, ha perdido 4,5 millones de empleos, pero en los últimos veintidós años el PIB europeo ha crecido el 75% y el empleo europeo el 7%. En España, en los últimos veinte años, hemos duplicado nuestro PIB y la población laboral existente es la misma que hace veinte años aproximadamente: doce millones largos de trabajadores. En el 95 se han creado, más de trescientos mil empleos y ¿por qué la tasa de paro sigue estando en el 23 ó 24%? Sin duda hay un fenómeno de incorporación masiva a las tasas de actividad que este país tiene anormalmente bajas, producto de un problema histórico sin duda, pero conforme más empleo creamos, caso evidente en el 95, más gente se incorpora a demandarlo porque hay una población activa baja, porque hay multitud de personas, sobre todo mujeres, que en cuanto ven que la economía crece se incorporan a pedir empleo y, por lo tanto, nos siguen manteniendo en tasas de paro altas. No olvidemos que seguimos teniendo cuatro puntos de tasa de actividad, por debajo de la tasa europea, y siete u ocho de la americana, y diez o doce de la japonesa, aunque también sobre esto la estadística es poco homogénea. Esta es la realidad.

Hay otro tercer factor, de una enorme importancia, como antes decía. Es el factor de la influencia que está teniendo esta gran revolución tecnológica que está experimentando el mundo en los últimos diez o quince años y que va a seguir experimentando en los próximos. La revolución tecnológica no es discutible, como tampoco lo es la mundialización. Como decía muy bien antes un compañero, se trata de saber cuáles son sus efectos y cómo los controlamos, y para eso sirve la política, como luego hablaremos, para tratar de influir y condicionar en lo que es una evolución imparables, y la tecnológica lo es.

Por citar una referencia que me parece que resume bien lo que está ocurriendo, citaré al Premio Nobel de Economía Wassily Leontief (1973). Él dijo, hace ya mucho tiempo, que “el papel de los seres humanos como el más importante factor de producción está destinado a disminuir de la misma forma que el papel de los caballos en la producción agrícola disminuyó y luego desapareció con la introducción de los tractores”. Estamos en una combinación exponencial de los efectos de la tecnología. La microelectrónica, la informática y las telecomunicaciones, esos tres grandes elementos combinados están alterando de modo sustancial todos los procesos de producción, están provocando derivadas de innovación tecnológica a todos los procesos, a todos los servicios, a toda la vida. Hay quien dice, y esto también es una especulación, que al final del siglo XX sólo hemos conocido el 5% de la tecnología que el hombre disfrutará en el siglo XXI. Si ya con lo que está ocurriendo, si ya con ese 5% de descubrimiento tecnológico que está proporcionándose al mundo desde allí, se están produciendo unos efectos tan evidentes en el empleo, como voy a comentar ahora, ¿qué pasará después?.

No es necesario que me extienda en la explicación acerca del número de empleo que sustituye un robot, por poner un ejemplo, en Estados Unidos o en otros países. No es ni siquiera necesario que apele a Rifkin, un experto que ha publicado un libro espléndido, por cierto, que se titula “El fin del trabajo”, un título tétrico yo diría, pero viene a señalar entre otras cosas, más o menos, que es muy previsible que en los sistemas de producción manual el hombre no sea apenas necesario dentro de veinte o treinta años, que las fábricas en el 2030 no tengan trabajadores manuales, tal como los hemos conocido hasta ahora. Yo por eso comparto una reflexión que se ha hecho esta mañana aquí respecto a cuál es la clasificación profesional del futuro. Por poner una referencia, lo cierto es que el empleo industrial en Estados Unidos y en Europa está descendiendo de una manera tremenda. En el 53, el 33% de los trabajadores en Estados Unidos estaban en la industria, pero en los sesenta ese empleo ya bajó el 30%, en los ochenta al 20% y hoy es de un 17%. En Estados Unidos, Peter Drucker, experto de la economía de la empresa, estima que en la próxima década descenderá al 12%. En España no lo sé, pero en Euskadi, región industrial por excelencia, quizás la más industrial de toda España, también esos datos son elocuentes. El empleo industrial ha bajado desde el 46% que teníamos en el 75 hasta un 29% en el 95.

El problema es perfectamente descifrable con una expresión de un directivo de una empresa europea, de ABB, la multinacional suiza. Esta empresa que produce generadores eléctricos, ha cortado recientemente 50.000 empleos industriales al tiempo que aumentaba su volumen de negocios en un 69%. Percy Vernebeck, su director, se preguntaba: “¿Adónde va a ir esta gente? Me dicen que espere dos o tres años que habrá nuevos empleos, pero yo pregunto ¿dónde? ¿Dígame dónde? ¿Qué tipo de empleos? ¿En qué ciudades? ¿En qué compañías?”. Vernebeck mismo vaticina que en Europa el empleo en el sector industrial y en los servicios a la industria pasará del actual 35% al 25%, luego al 20% y en quince años al 15%.

La humanidad siempre ha pensado que las revoluciones tecnológicas producían ciertamente un vacío temporal en el empleo pero acababan compensándolo con nuevos empleos, nueva actividad. La pregunta que hay que hacerse con toda franqueza es si esto será verdad también aquí. Es evidente que se podría contestar de inmediato: “Hombre, claro. Todo el empleo que se está perdiendo en la industria se está ganando en los servicios, porque el sector servicios crece”. Cierto, ¿y quién nos asegura que el sector servicios no volverá a sufrir la misma evolución que sufrió el sector industrial porque, efectivamente, las nuevas tecnologías le están afectando de una manera directa constantemente?. Varios ejemplos. La compañía telefónica ATT anunció en enero de este año que reduciría 40.000 empleos en tres años, por cierto nada más anunciarlo subió en la bolsa. ¿Por qué? Porque los operadores telefónicos son sustituidos por operadores

automáticos controlados absolutamente por ordenador que son capaces de reconocer la voz y hablar a los usuarios, analizan un 50% más de llamadas con un 40% menos de empleados. ¿Para qué extenderme al comercio o a la banca? La Organización Internacional del Trabajo (OIT) decía en su Informe Mundial sobre el Trabajo que la mayor parte de los servicios, desde la banca hasta el comercio minorista, están sufriendo reestructuraciones parecidas a las de la industria hace una década. En 1994, hace dos años, el *Wall Street Journal* advertía en primera página que se estaba produciendo una transición histórica, buena parte del sector servicios está al borde de un vuelco como el que afectó a la agricultura y a la industria, donde al tiempo que la producción aumentaba el empleo cedió durante años. La pregunta es ¿dónde se encuentra el nuevo empleo? ¿Hacia dónde se desplaza el que sustituye la tecnología? ¿Qué empleo será éste y de qué calidad, si es que lo hay?.

La cuarta apelación en las bases de lo que era, digamos, este horizonte de preocupación que quería exponer es la que se refiere a la evidente ruptura del Pacto Social que ha regulado las relaciones industriales, laborales, sociales y políticas del mundo occidental. Quien no quiera ver esto es que está ciego, porque son muy razonables los argumentos que se expresan cuando se habla de la necesidad de cuestionar los costes sociales del empleo. Claro, es verdad, porque las nuevas formas, los elementos competitivos, los marcos, las reglas que han fijado, que está fijando el mercado en todo el mundo, todos van contra esto y no hay manera de impedir esa reflexión. La cuestión es si la respuesta debe ser ésta, si no hay un serio riesgo de quiebra en lo que ha sido un modelo de convivencia ideal, el mejor que encontró la humanidad en siglos y siglos de existencia y que fue el gran hallazgo, digamos, socialdemócrata del Estado del Bienestar, pero se están reduciendo sistemáticamente los derechos que fueron conquistados durante decenas de años por el movimiento obrero. ¿Quién no puede dejar de reconocer que, en Gran Bretaña, han retrocedido incluso con algún éxito, digámoslo también, con algún éxito en cuanto a creación de empleo, porque su tasa de paro es más baja que la nuestra, objetivamente del 7 ó 7,5%?. Sin embargo han retrocedido, donde se inventó el sindicalismo, hasta el punto de plantear prácticamente cláusulas de *not unions*, como en Estados Unidos. ¿Por qué no reconocer que se está creando una nueva clase social, que yo llamo de subproletariado, que ha perdido la capacidad de negociación colectiva, de horarios, de jornada, de salarios, etc.? Esto está aquí y el mercado norteamericano o anglosajón se nos plantea como la panacea para con la fórmula de creación de empleo y parece que nos condenan a elegir entre lo malo y lo peor. Pero esto está ahí.

Es más, se está teorizando y explicando lo que es efectivamente ese cambio tremendo y yo creo que tiene dos consecuencias muy importantes. La primera hace referencia a la nueva estructura ocupacional que se está produciendo en la sociedad, laboralmente hablando. Hay una tendencia al dualismo total. No hablo de la sociedad, hablo de las formas de ocupación, de la profesión y de los trabajos que tenemos. Una dualización que va *in crescendo* y que aumenta las desigualdades una barbaridad. Krugman nos decía hace poco, cuando estuvo en San Sebastián, que efectivamente ésta es una evidencia. Cada vez ganan más los que más ganan y menos los que menos ganan, literalmente. Los directivos de Estados Unidos tienen salarios desmesurados como los futbolistas o como los artistas de Hollywood, es decir, están disparados. Los abogados que son buenos ganan una barbaridad y los malos no ganan nada, ya no es un problema entre profesiones cualificadas, no. Entre la misma profesión el dualismo es brutal en todo. El gran despacho acumula enormes beneficios y el pequeño abogado que quiere poner un despacho no gana una peseta en tres, cuatro o veinte años. Es en todo. Por tanto, ¿qué se está produciendo desde el punto de vista ocupacional?. Crece el empleo profesional y técnico de alta cualificación pero es una minoría, un 15 ó 20 %. Se recorta la fuerza del trabajo tradicional, la cualificada o semicualificada, absolutamente, hasta el punto de que ya tiende a desaparecer y se

mantiene a duras penas el trabajo más rutinario, el no cualificado en la industria, pero aumenta significativamente en los servicios. Aquí estamos hablando de los vigilantes jurados, de los camareros, de los servidores de hostelería, de los limpiadores, de los trabajadores domésticos, etc. Ese nuevo subproletariado desde el punto de vista laboral que viene.

Pero no es solamente eso, es también la estratificación social que se está produciendo en una sociedad que avanza, en mi opinión y ya lo hemos dicho muchas veces, hacia la sociedad de los tres tercios. Un tercio, muy cualificado, trabajadores que llamaría Toffler del conocimiento, que disponen de las tecnologías, capaces de trabajar aquí, en Madrid o en Nueva York, capaces de poder servir a cualquier empresa en cualquier país, bien cualificados, jóvenes, asentados en sus empresas y con alto nivel de ocupabilidad. Y una segunda parte de trabajadores no cualificados, los que acabo de citar antes, que van a ser condenados a condiciones de subproletariado. Y los tenemos ya, basta ir a Chicago o a Nueva York para ver a miles de personas que viven en los barrios periféricos, perdiendo muchísimo tiempo en el transporte, trabajando en los hoteles, limpiando camas o vendiendo hamburguesas y ganando una porquería. Miles, cada vez más que, repito, renuncian a condiciones laborales. Y tercero, un tercio de trabajadores en el paro. Esa clasificación social es previsible y la pregunta es que si dejamos que efectivamente todo esto vaya funcionando de manera natural ¿no se acabarán produciendo justamente estos efectos?

De aquí, la urgencia de nuestra reflexión. De aquí la necesidad de una respuesta que yo creo que constituye la base de un planteamiento que va a permitir lo que yo llamaría la renovación de la alianza entre el sindicalismo organizado y la izquierda organizada responsable. No se trata, como se dice a veces en nuestro partido, de que volvamos a cogernos del brazo con Comisiones Obres y U.G.T.. No. Si se hace para reclamar lo de siempre y para plantear una tabla reivindicativa aquí y allá, sin más modernización y sin más renovación, eso no sirve para nada, pero si hacemos lo que yo creo que debe de constituir la base de una nueva alianza que renueve el discurso de la izquierda y que plantee la necesidad de afrontar estos problemas juntos, cada uno en su sitio pero de nuevo hacia un horizonte de redistribución, de empleo y de bienestar, yo creo que allí es donde está precisamente el futuro de nuestra organización y, en cierto modo, el futuro de nuestra propia utopía.

Sin duda, voy terminando ya, tengo que concretar ahora lo que hay que hacer. No se trata de que el reparto del trabajo sea una panacea. Una solución milagrosa, digamos, no lo es. Desde luego la expresión, como decía antes, es confusa porque mucha gente interpreta, los trabajadores entre otros y por eso responden negativamente a la propuesta, que repartir el trabajo es que quien trabaja ocho y gana cien, trabaje cuatro y gane cincuenta. Nada parecido a esto. Nada en absoluto. Pero sin embargo hay un montón de medidas que deben irse introduciendo en lo que es la negociación colectiva y la forma del trabajo.

Hay seis grandes medidas que explican lo que pudiéramos llamar las propuestas técnicas del reparto, que no voy a extenderme a explicar porque serían muy largas, pero fundamentalmente las seis grandes ideas que conciben las propuestas técnicas actuales de reparto de trabajo son, en primer lugar, sin duda, la superación de las horas extraordinarias, su eliminación, su reducción y, en todo caso, su abono mediante tiempo libre. En segundo lugar, todo lo que significa desmilitarizar la jornada y trasladarnos a un escenario de máxima flexibilidad en el cómputo de nuestras jornadas, introduciendo incluso lo que fue ya un invento francés del verano pasado de la cuenta ahorro de jornada que permite los cómputos anuales no solamente por año sino por años, e incluso con posibilidades de ahorro de la jornada que permitan años sabáticos o reducir la edad de jubilación, etc., y que den oportunidades de contrataciones posteriores o complementarias. Sin duda, la tercera

---

gran medida, la han explicado bien, es todo el fomento de la contratación a tiempo parcial, en España todavía muy reducida. La cuarta es el estímulo al contrato relevo, que no funciona nada bien ni en España ni en Europa, excepto en Suecia, pero que sin duda es una modalidad que deberíamos estimular. Es aquélla que permite las jubilaciones anticipadas parciales por sustitución temporal de un trabajador joven; el reparto de trabajo defensivo, todo lo que significan las respuestas a las reducciones de plantilla por crisis en clave de reparto del trabajo existente sin reducción de plantilla, el caso más paradigmático es Volkswagen, pero se ha hecho en Hewlett Packard, en IBM, en BMW y en cantidad de sitios, y por último, lo que se llama el 2RT, la reorganización del tiempo de trabajo, que viene más o menos a significar la utilización masiva del aparato productivo que permita incrementos de producción, de productividad y de creación de empleo, el caso más evidente conocido aquí es Michelin. Michelin ha pasado a trabajar a cinco turnos a partir de dos, por lo tanto, trabaja prácticamente 365 días al año y esto genera incrementos de plantilla pactados con los sindicatos, incrementos muy importantes, obviamente sobre la base de que haya mercado o de que haya que conquistar el mercado. No olvidemos que, en España concretamente, el tiempo de utilización del aparato productivo de las empresas o de amortización, si queréis llamarlo así, es el tercio del de Alemania, lo que quiere demostrar que en España hay una militarización de la jornada que conviene superar para mejorar los ritmos de amortización y de obsolescencia tecnológica que se producen en estos momentos.

Pero termino ya. La conclusión última de la reflexión sobre el reparto nos lleva a quienes pensamos así (y aquí me confieso yo *rocardiano* total), que esto son pequeñas cosas. Esto tiene que añadirse, obviamente, a una economía sana que crece, a una formación estupenda, a unas infraestructuras, a lo de siempre, a lo que ya sabemos, pero esto no basta tampoco. Realmente, la conclusión que creo que hay que traducir ya en un discurso político es que sólo la reducción masiva y progresiva de la jornada de trabajo en todo el mundo va a permitir que la sociedad reorganice su vida, que el trabajo se reparta de verdad y que, efectivamente, no caminemos hacia los tres tercios, hacia la dualización profesional y hacia una sociedad invertebrada. La única solución que esto tiene es que haya un parangón lógico entre revolución tecnológica y jornada laboral, porque lo ha habido toda la vida en la historia. La primera gran revolución industrial produjo a lo largo del tiempo una reducción de la jornada de ochenta a sesenta horas a la semana. La segunda, desde comienzo de este siglo hasta un poco antes o un poco después de la depresión de los treinta, produjo una reducción de sesenta a cuarenta y ocho horas. De las cuarenta y ocho a las cuarenta ha costado cuarenta años, la reducción de jornada en el mundo se ha parado, sorprendentemente y no se puede explicar que los incrementos tremendos de productividad que nos da la tecnología no lleguen acompañados de una reducción progresiva de jornada como única solución, entiendo yo, para que efectivamente un bien escaso sea repartible y para que sea posible la utopía, para que sea posible una vida en la que no haya esa dualización, en la que haya un reparto de ese bien escaso y, por lo tanto, una sociedad como la que queremos los socialistas.